# HIPIAS MAYOR

## Platón

## (427 – 348 a.C.)

# INTRODUCCIÓN

El *Hipias Mayor* es un diálogo aporético: el problema planteado queda sin resolver al finalizar la discusión. Tiene una extensión de casi el doble que el *Hipias Menor,* y este dato es, sin duda, suficiente para explicar los adjetivos comparativos que sirven para distinguir un diálogo del otro. Aunque en la Antigüedad no existió problema sobre la autenticidad de este diálogo, algunos filólogos han puesto en duda, en los dos últimos siglos, la atribución de este diálogo a Platón. Parece tan difícil admitir las objeciones alegadas, como creer ciegamente en la autenticidad del diálogo. En todo caso, esta obra figurará siempre en el *corpus* platónico, porque, a pesar de los problemas que pueda suscitar su atribución a la pluma de Platón, es una obra de corte platónico en lo literario, en lo filosófico y en la forma general del tratamiento del tema.

La cuestión discutida en este diálogo es la de lo bello en sí mismo, la esencia que debe subyacer a todas las cosas bellas para que sean bellas. En principio podría parecer que se trata de un estudio independiente sobre este tema al que más tarde el autor le hubiera asignado los nombres de Hipias y Sócrates para defender las partes, y al que hubiera colocado una bella y artística introducción que va hasta 286c, donde empieza el verdadero tema del diálogo. Hásta tal punto la parte dedicada al tema de lo bello en sí constituye un. bloque bien caracterizado. Sin embargo, los dialogantes no pueden ser otros que Sócrates e Hipias. En el caso de Sócrates, no hay la menor duda. La introducción de ese personaje de carácter áspero en la búsqueda de la verdad, precisamente desde las primeras lineas en que se aborda el tema de lo bello, así como su constante presencia a lo largo de todo el resto del diálogo, nos demuestran que el tema está tratado desde el supuesto de que Sócrates es un interlocutor obligado. Quizá no parece tan obligado que el otro interlocutor haya de ser Hipias, pero la verdad es que el personaje está perfilado muy frecuentemente y muy bien. Es imposible en el diálogo tomar el tema separándolo de los interlocutores; la trabazón es completa. Es claro que el tema del diálogo podría haberse tratado con dialogantes no caracterizados, pero en el caso de este diálogo se puede decir que no ha sido escrita una sola línea sin tener presente que los que dialogaban eran, precisamente, Sócrates e Hipias.

Admitido lo que precede, como no puede ser por menos, comprobamos que la bella parte introductiva está, concretamente, destinada a la caracterización de los dos personajes, especialmente de Hipias, puesto que Sócrates aparece diseñado por contraste y, además, es ya un personaje canónico. Nos encontramos, pues, con un diálogo completamente trabado desde el principio hasta el fin con unidad interna precisa. Dos rasgos llaman, sin embargo, la atención: la ironía y la agresividad. Se trata sólo de una distinción de grado. Los dos personajes se expresan con más dureza de la habitual. La irritación de Hipias y la dura ironía de Sócrates desde 300c hasta 302a, así como las últimas palabras de Hipias en 304a, dejan una impresión de agresividad que no aparece en otros diálogos. Sin duda, hay más pasión, por ejemplo, en la discusión de Calicicles con Sócrates en el *Gorgias,* pero ese apasionamiento, e incluso irritación, no deja la impresión de la enemistad a flor de piel que se observa en nuestro diálogo. La ironía de Sócrates, antes aún de entrar en el tema de lo bello, no es una ironía contra los argumentos sino contra la persona, cuya descalificación se busca.

Es difícil explicarse por qué Platón decidió enfrentar dos veces, como únicos dialogantes, a Sócrates y a Hipias. No lo ha hecho con Protágoras ni con Gorgias, sofistas más representativos que Hipias. Puede ser que no quisiera volver a tocar a Protágoras, muerto casi un tercio de siglo antes de que Platón pudiera tener la idea de dar su nombre a un segundo diálogo. Gorgias era ya un anciano de cerca de 100 años al que no parecía oportuno hacer aparecer de nuevo en un diálogo. En cambio, Hipias era más joven y, durante algún tiempo, cuando ya Gorgias era muy viejo, debió de ser el sofista de más prestigio. Nuevamente, como en el *Hipias Menor,* se trata a este sofista muy por debajo de sus méritos reales. La imagen que nos llega a través de los dos diálogos resalta los defectos de Hipias -que ciertamente debió de ser un pozo de vanidad- sin hacer visibles sus notables méritos. Un juicio sobre Hipias sacado de su actuación en los dos diálogos citados tendría algo que ver con una parte de la realidad, pero no daría la medida de lo que realmente fue este sofista. Es curioso considerar que, si es cierto que Platón le dedicó dos diálogos, las dos veces lo haya tratado del mismo modo.

*El Hipias Mayor* ha dado lugar a la discusión de si el concepto de lo bello en sí, es decir, el que las cosas bellas son bellas por la presencia de lo bello, no es ya el comienzo de la teoría platónica de las ideas. Una afirmación semejante aparece en el *Eutifrón* 6d. Parece evidente que, de la pura abstracción socrática a la «teoría de las ideas», hay una vía en la que sería difícil determinar un punto exacto en el que se produzca el término de la una y el comienzo de la otra. Es el contexto general de un diálogo el que permite afirmar qué expresiones de este tipo deben ser tomadas en uno u otro sentido. El contexto de Hipias Mayor no da lugar a pensar que Platón se haya desprendido todavía de los moldes socráticos.

## NOTA SOBRE LA TRADUCCION

Para la versión española se ha seguido el texto de BURNET, Platonis Opera, vol. III, Oxford, 1903 (reimpresión, 1974).

## HIPIAS MAYOR

### SÓCRATES, HIPIAS

*281a* SÓCRATES. -Elegante y sabio Hipias, ¿cuánto tiempo hace que no has venido a Atenas?

HIPIAS. -No tengo tiempo, Sócrates. Cuando Élide tiene que negociar algo con alguna ciudad, siempre se dirige a mí en primer lugar entre los ciudadanos y me elige como embajador, porque considera que soy el más idóneo juez y mensajero de las conversaciones que se llevan *b* a cabo entre las ciudades. En efecto, en muchas ocasiones he ido como embajador a diversas ciudades, pero las más de las veces, por muchos e importantes asuntos, he ido a Lacedemonia; por lo cual, y vuelvo a tu pregunta, no vengo con frecuencia a estos lugares.

Sóc. -Esto es ser de verdad un hombre sabio y perfecto, Hipias. Lo digo, porque tú eres capaz de recibir privadamente mucho dinero de los *c* jóvenes y de hacerles un beneficio mayor del que tú recibes, y también porque eres capaz, públicamente, de prestar servicios a tu ciudad, como debe hacer un hombre que está dispuesto a no ser tenido en menos, sino a alcanzar buena opinión entre la mayoría. Ahora, Hipias, ¿cuál es realmente la causa de que los antiguos, cuyos nombres son famosos por su sabiduría: Pítaco, Bías, Tales de Mileto y los de su escuela, e incluso

los más recientes hasta Anaxágoras, todos o casi todos, se hayan mantenido alejados de los asuntos públicos?

Hip. - ¿Qué otra razón crees, Sócrates, sino que eran débiles e
*d* incapaces de llegar con su espíritu a ambas cosas, la actividad pública y la privada?

Sóc. -Luego, por Zeus, así como las otras artes han progresado y, en comparación con los artesanos de hoy, son inhábiles los antiguos, ¿así también debe mos decir que vuestro arte de sofistas ha avanzado y que son inferiores a vosotros los antiguos sabios?

Hip. - Hablas muy acertadamente.

Sóc. - Por tanto, Hipias, si ahora resucitara Bías, se expondría a la
*282a* risa frente a vosotros, del mismo modo que los escultores dicen que Dédalo, si viviera ahora y realizara obras como las que le hicieron famoso, quedaría en ridículo.

Hip. - Así es, Sócrates, como tú dices. Sin embargo, yo acostumbro a alabar antes y más a los antiguos y a los anteriores a nosotros que a los de ahora, para evitar la envidia de los vivos y por temor al enojo de los muertos.

Sóc. - Piensas y reflexionas acertadamente, según creo. Puedo añadir a tu idea mi testimonio de que dices verdad y de que, en realidad, vuestro arte ha progresado en lo que se refiere a ser capaces de realizar la actividad pública junto con la privada. En efecto, Gorgias, el sofista de Leontinos, llegó aquí desde su patria en misión pública, elegido embajador en la idea de que era el más idóneo de los leontinos para negociar los asuntos públicos; ante el pueblo, dio la impresión de que hablaba muy bien, y en privado, en sesiones de exhibición y dando lecciones a los jóvenes, consiguió llevarse mucho dinero de esta ciudad. Y si quieres otro caso, ahí está el amigo Pródico; ha venido muchas veces en otras ocasiones para asuntos públicos, y la última vez, recientemente, llegado desde Ceos en misión pública, habló en el Consejo y mereció gran estimación, y en privado, en sesiones de exhibición y dando lecciones a los jóvenes, recibió cantidades asombrosas de dinero. Ninguno de aquellos antiguos juzgó nunca conveniente cobrar dinero como remuneración ni hacer exhibiciones de
*d* su sabiduría ante cualquier clase de hombres. Tan simples eran, y así les pasaba inadvertido cuán digno de estimación es el dinero. Cada uno de éstos de ahora saca más dinero de su saber, que un artesano, sea el que sea, de su arte, y más que todos, Protágoras.

Hip. - No conoces lo bueno, Sócrates, acerca de esto. Si supieras cuánto dinero he ganado yo, te asombrarías. No voy a citar otras ocasiones, pero una vez llegué a Sicilia, cuando Protágoras se
*e* encontraba allí rodeado de estimación, y, siendo él un hombre de más edad y yo muy joven, en muy poco tiempo recibí más de ciento cincuenta minas; de un solo lugar muy pequeño, de Inico, más de veinte minas. Llegando a casa con ese dinero se lo entregué a mi padre, y él y los demás de la ciudad quedaron asombrados e impresionados. En resumen, creo que yo he ganado más dinero que otros dos sofistas cualesquiera juntos, sean los que sean.

*283a* Sóc. -Muy bien, Hipias; es una gran prueba de tu sabiduría y de la sabiduría de los hombres de ahora en comparación con los antiguos y de cuán diferentes eran éstos. Según tus palabras, era grande la ignorancia de los antiguos. Dicen que a Anaxágoras, por ejemplo, le aconteció lo contrario. Habiéndole dejado en herencia mucho dinero, no lo cuidó y lo perdió todo; tan neciamente ejercía la sofística. Dicen también cosas semejantes de otros antiguos. Me parece que con esto aportas un buen testimonio de la sabiduría de los actuales en comparación con la

*b* de los de antes, y es opinión de muchos que el verdadero sabio debe ser sabio para sí mismo y que, por tanto, es sabio el que más dinero gana. Sea ya suficiente lo dicho. Respóndeme a este punto. ¿De cuál, de entre las muchas ciudades a las que vas, has conseguido más dinero? ¿Es quizá evidente que de Lacedemonia, adonde has ido con mayor frecuencia?

Hip. - No, por Zeus, Sócrates.

Sóc. - ¿Qué dices? ¿De dónde menos?

*c* Hip. - Nunca nada, en absoluto.

Sóc. -Dices algo prodigioso y extraño, Hipias. Díme, ¿acaso tu sabiduría no es capaz de hacer mejores para la virtud a los que están en contacto con ella y la aprenden?

Hip. - Sí, mucho, Sócrates.

Sóc. - ¿Es que eres capaz de hacer mejores a los hijos de los habitantes de Inico, y te es imposible hacerlo con los hijos de los espartiatas?

Hip. - Está lejos de ser así, Sócrates.

Sóc. - ¿Es que, realmente, los siciliotas desean hacerse mejores, y los lacedemonios no?

*d* Hip. - En absoluto; también los lacedemonios, Sócrates.

Sóc. - ¿Acaso evitaron tu enseñanza . por falta de dinero?

Hip. -Sin duda no, puesto que lo tienen en abundancia.

Sóc. - ¿Qué razón puede haber, entonces, para que, deseándolo ellos y teniendo dinero, y siendo tú capaz de reportarles la mayor utilidad, no te hayan despedido cargado de dinero? Quizá sea esta otra razón, ¿acaso los lacedemonios no darían educación a sus hijos mejor que tú? ¿Debemos decir esto así y tú estás de acuerdo?

*e* Hip. -De ningún modo.

Sóc. - ¿Acaso no eras capaz de convencer a los jóvenes en Lacedemonia de que progresarían más recibiendo tus lecciones que las de sus conciudadanos, o no te fue posible persuadir a sus padres de que debían confiártelos a ti, en lugar de ocuparse ellos de sus hijos, si es que tienen interés por ellos? Pues no creo que impidieran por envidia que sus hijos se hicieran mejores.

Hip. -Tampoco yo creo que por envidia.

Sóc. -Sin embargo, Lacedemonia tiene buenas leyes.

Hip. - Ciertamente.

*284a* Sóc. - Pues en las ciudades con buenas leyes, lo más apreciado es la virtud.

Hip. -Sin duda.

Sóc. - Y tú sabes transmitirla a otros mejor que nadie.

Hip. -Con mucho, Sócrates.

Sóc.-Ciertamente, el que mejor sabe transmitir el arte de la hípica, ¿acaso no sería apreciado en Tesa lia más que en el resto de Grecia y recibiría más dinero, y lo mismo en cualquier parte donde se tomara con interés este arte?

Hip. -Eso parece.

Sóc. -El que es capaz de proporcionar las más valiosas enseñanzas *b* para la virtud, ¿no alcanzará los mayores honores y ganará, si quiere, la mayor cantidad de dinero en Lacedemonia y en cualquier ciudad griega que tenga buenas leyes? ¿O tú crees, amigo, que más bien en Sicilia y en la ciudad de Inico? ¿Debemos creer eso, Hipias? Pues, si tú lo aconsejas, debo hacerte caso.

Hip. - No es tradición de los lacedemonios, Sócrates, cambiar las leyes ni educar a sus hijos contra las costumbres.

Sóc. -¿Qué dices? ¿No es tradición para los lacedemonios obrar
*c* rectamente, sino erróneamente?

Hip. - Yo no lo afirmaría, Sócrates.

Sóc. - ¿No es verdad que obrarían rectamente educando a los jóvenes mejor, en vez de hacerlo peor?

Hip. - Sí, rectamente. Pero no es legal para ellos dar una educación que venga del extranjero; puesto que, sábelo bien, si algún otro, alguna vez, recibiera dinero allí por la educación, yo recibiría mucho más. Por lo menos, les gusta oírme y me alaban; pero, como digo, no es esa la ley.

*d* Sóc. -¿Dices tú, Hipias, que la ley es un perjuicio, o un beneficio para la ciudad?

Hip. - Se establece, creo yo, para beneficio, pero alguna vez también perjudica, cuando la ley se hace mal.

Sóc. - ¿Qué podemos decir? ¿Los legisladores no establecen la ley en la idea de que es el mayor bien para la ciudad y de que sin ella es imposible gobernar en buen orden?

Hip. -Dices la verdad.

Sóc. -Luego, cuándo los que intentan establecer las leyes no alcanzan el bien, tampoco alcanzan lo justo ni la ley. ¿Qué dices tú?

Hip. -Con un razonamiento exacto, Sócrates, así es; sin embargo, la
*e* gente no suele expresarlo así.

Sóc. - ¿Quiénes, Hipias, los que saben, o los que no saben?

Hip. - La mayoría de los hombres.

Sóc. - ¿Son éstos, la mayoría, los que conocen la verdad?

Hip. -De ningún modo.

Sóc. - Pero, al menos, los que saben consideran que, en verdad, es más propio de la ley para todos los hombres producir beneficio, que perjuicio. ¿No estás de acuerdo?

Hip. -Sí, estoy de acuerdo en que en verdad eso es más propio de la ley.

Sóc. - ¿Luego esa es la verdad y es así como creen los que saben?

Hip. -Sin duda.

Sóc. - De todos modos, para los lacedemonios, como tú dices, es más beneficioso recibir la educación dada por ti, aun siendo ésta extranjera,
*285a* que recibir la de su propio país.

Hip. - Y digo la verdad.

Sóc. -E, incluso, que lo más beneficioso es lo más propio de la ley, ¿dices también eso, Hipias?

Hip. -Lo he dicho, en efecto.

Sóc. -Luego, según tu razonamiento, para los hijos de los lacedemonios es más propio de la ley recibir la educación de Hipias y es contra la ley recibirla de sus padres, puesto que, en realidad, van a recibir más beneficio de ti.

Hip. -Ciertamente lo van a recibir, Sócrates.

*b* Sóc. -Luego infringen la ley los lacedemonios no dándote dinero ni confiándote a sus hijos.

Hip. -Estoy de acuerdo en esto; pues me parece que hablas en mi favor y no debo oponerme.

Sóc. - Así pues, amigo, encontramos que los lacedemonios infringen la ley y, aún más, lo hacen en asunto de máxima importancia; ellos, que parecen ser los más respetuosos de la ley. Pero, por los dioses, Hipias, te alaban y les gusta oír lo que tú expones. ¿Qué es ello? ¿Es, sin duda,
*c* lo que tan bellamente sabes, lo referente a los astros y los fenómenos celestes?

Hip. - De ningún modo, eso no lo soportan.

Sóc. - ¿Les gusta oírte hablar de geometría?

Hip. - De ningún modo, puesto que, por así decirlo, muchos de ellos ni siquiera conocen los números.

Sóc.-Luego están muy lejos de seguir una disertación tuya sobre cálculo.

Hip. - Muy lejos, sin duda, por Zeus.

*d* Sóc. - ¿Les hablas, por cierto, de lo que tú sabes distinguir con mayor precisión que nadie, del valor de las letras, de las sílabas, de los ritmos y las armonías?

Hip. - ¿De qué armonías y letras, amigo?

Sóc. - ¿Qué es, ciertamente, lo que ellos te escuchan con satisfacción y por lo que te alaban? Dímelo tú mismo, ya que yo no consigo dar con ello.

Hip. - Escuchan con gusto lo referente a los linajes, los de los héroes y los de los hombres, Sócrates, y lo referente a las fundaciones de
*e* ciudades, cómo se construyeron antiguamente y, en suma, todos los relatos de cosas antiguas, hasta el punto de que yo mismo he tenido que estudiar y practicar a fondo todos estos temas.

Sóc. -Por Zeus, suerte tienes, Hipias, de que los lacedemonios no sientan gusto en que se les recite la nómina de nuestros arcontes desde Solón; de ser así, tendrías buen trabajo para aprendértela.

Hip. - ¿De qué, Sócrates? Si oigo una sola vez cincuenta nombres, los recuerdo.

Sóc. - Es verdad; no tenía en cuenta que tú dominas la mnemotecnia. Así que supongo que, con razón, los lacedemonios lo pasan bien
*286a* contigo, que sa bes muchas cosas, y te tienen, como los niños a las viejas, para contarles historias agradables.

Hip. - Sí, por Zeus, Sócrates; al tratar de las bellas actividades que debe un joven ejercitar, hace poco fui muy alabado allí. Acerca de ello tengo un discurso muy bellamente compuesto, bien elaborado sobre todo en la elección de las palabras. Éste es, poco más o menos, el argumento y el comienzo. Después de que fue tomada Troya, dice el discurso que Neoptólemo preguntó a Néstor cuáles eran las actividades
*b* buenas que, al ejercitarlas en la juventud, harían que un hombre alcanzara la mayor estimación. A continuación, habla Néstor y le propone numerosas actividades bellas y de acuerdo con las costumbres. He expuesto este discurso en Lacedemonia y tengo la intención de exponerlo aquí, pasado mañana, en la escuela de Fidóstrato, así como otros temas que merecen oírse. Me lo ha pedido Éudico, el hijo de
*c* Apemanto. Procura estar allí tú y llevar a otros que sean capaces de escuchar y juzgar lo que yo diga.

Sóc. -Así será, Hipias, si lo quiere la divinidad. Sin embargo, respóndeme ahora brevemente sobre esta cuestión, pues me lo has recordado con oportunidad. Recientemente, Hipias, alguien me llevó a una situación apurada en una conversación, al censurar yo unas cosas por feas y alabar otras por bellas, haciéndome esta pregunta de un modo insolente: «¿De dónde sabes tú, Sócrates, qué cosas son bellas y
*d* qué otras son feas? Vamos, ¿podrías tú decir qué es lo bello?» Yo, por mi ignorancia, quedé perplejo y no supe responderle convenientemente. Al retirarme de la conversación estaba irritado conmigo mismo y me hacía reproches, y me prometí que, tan pronto como encontrara a alguno de vosotros, los que sois sabios, le escucharía, aprendería y me ejercitaría, e iría de nuevo al que me había hecho la pregunta para volver a empezar la discusión. En efecto, ahora, como dije, llegas con oportunidad. Explícame adecuadamente qué es lo bello en sí mismo y, al responderme, procura hablar con la máxima exactitud, no sea que,

*e*

refutado por segunda vez, me exponga de nuevo a la risa. Sin duda, tú lo conoces claramente y éste es un conocimiento insignificante entre los muchos que tú tienes.

Hip. -Sin duda insignificante, por Zeus, Sócrates, y sin importancia alguna, por así decirlo.

Sóc. -Luego lo aprenderé fácilmente y ya nadie me refutará.

*287a* Hip. - Ciertamente, nadie; de lo contrario, sería mi saber desdeñable y al alcance de cualquiera.

Sóc. - Buenas son tus palabras, por Hera, Hipias, si vamos a dominar a ese individuo. Pero, ¿no hay inconveniente en que yo lo imite y que, cuando tú respondas, objete los razonamientos? En efecto, tengo alguna práctica de esto. Si no te importa, quiero hacerte objeciones para aprender con más seguridad.

*b* Hip. -Pues bien, hazlo. En efecto, como decía ahora, la cuestión no es importante y yo podría enseñarte a responder a preguntas incluso mucho más difíciles que ésta, de modo que ningún hombre sea capaz de refutarte.

Sóc. - ¡Ay, qué bien hablas! Pero, puesto que tú me animas, me voy a convertir lo más posible en ese hombre y voy a intentar preguntarte. Porque, si tú le expusieras a él este discurso que dices sobre las ocupaciones bellas, te escucharía y, en cuanto terminaras de hablar, no te preguntaría más que sobre lo bello, pues tiene esa costumbre, y te diría: *c* «Forastero de Élide, ¿acaso no son justos los justos por la justicia?» Responde, Hipias, como si fuera él el que te interroga.

Hip. -Responderé que por la justicia.

Sóc.-Luego ¿existe esto, la justicia?

Hip. -Sin duda.

Sóc. -Luego también los sabios son sabios por la sabiduría y todas las cosas buenas lo son por el bien.

Hip. - ¿Cómo no?

Sóc. - Por cierto, estas cosas existen, pues no sería así, si no existieran.

Hip. -Ciertamente, existen.

Sóc. - ¿Acaso las cosas bellas no son bellas por lo bello?

*d* Hip. -Sí, por lo bello.

Sóc. - ¿Existe lo bello?

Hip. -Existe. ¿Cómo no va a ser así?

Sóc. - Dirá él: «Dime, forastero, ¿qué es lo bello?»

Hip. - ¿Acaso el que hace esta pregunta, Sócrates, quiere saber qué es bello?

Sóc. - No lo creo, sino qué es lo bello, Hipias.

Hip. - ¿Y en qué difiere una cosa de otra?

Sóc. - ¿Te parece que no hay ninguna diferencia?

Hip. - Ciertamente, no hay ninguna.

Sóc. -Sin embargo, es evidente que tú lo sabes mejor. A pesar de eso, *e* amigo, reflexiona. No te pregunta qué es bello, sino qué es lo bello.

Hip. -Ya entiendo, amigo; voy a contestarte qué es lo bello y es seguro que no me refutará. Ciertamente, es algo bello, Sócrates, sábelo bien, si hay que decir la verdad, una doncella bella.

Sóc. - ¡Por el perro, Hipias, que has contestado bella y *288a* brillantemente! ¿Es cierto que, si respondo eso, habré contestado a la pregunta correctamente y que no hay riesgo de que se me refute?

Hip. - ¿Cómo podrías ser refutado, Sócrates, en una cosa en la que todos los hombres piensan lo mismo y todos los oyentes confirmarían que tienes razón?

Sóc. - Bien, ciertamente lo harán. Deja, Hipias, que yo examine para mis adentros lo que dices. Nuestro hombre me hará, poco más o menos, esta pregunta: « ¡Ea!, Sócrates, contesta. ¿Todas las cosas que tu afirmas que son bellas, sólo son bellas si existe lo bello en sí mismo?» Yo diré que si una doncella hermosa es una cosa bella, hay algo por lo que estas cosas son bellas.

*b* Hip. - ¿Crees, en efecto, que él intentará aún argumentar que no es bello lo que tú dices y que, si lo intenta, no quedará en ridículo?

Sóc. - Sé bien que lo intentará, admirable amigo. El resultado nos mostrará si va a quedar en ridículo al intentarlo. Quiero manifestarte lo que él nos va a decir.

Hip. -Dilo ya.

Sóc. - «¡Qué agradable eres, Sócrates!, dirá él. ¿No es algo bello una yegua bella a la que, incluso, el dios ha alabado en el oráculo?» ¿Qué le
*c* contestaremos, Hipias? ¿No es cierto que debemos decir que también le yegua, la que es bella, es algo bello? ¿Cómo nos atreveríamos a negar que lo bello no es bello?

Hip. - Tienes razón, Sócrates, puesto que también el dios dice esto con verdad. En efecto, en mi tierra hay yeguas muy bellas.

Sóc. - «Sea, dirá él. ¿Y una lira bella no es algo bello?» ¿Decimos que sí, Hipias?

Hip. - Sí.

Sóc. -Él dirá a continuación, y lo sé casi seguro fundándome en su modo de ser: « ¿Y una olla bella, no es acaso algo bello?

*d* Hip. -Pero, ¿quién es ese hombre, Sócrates? Un mal educado para atreverse a decir palabras vulgares en un tema serio.

Sóc. - Así es él, Hipias, desatildado, grosero, sin otra preocupación que la verdad. Pero, sin embargo, hay que responderle, y yo me adelanto a hacerlo. Si un buen alfarero hubiera dado forma a la olla, alisada, redonda y bien cocida, como algunas bellas ollas de dos asas, de las que caben seis coes, tan bellas, si preguntara por una olla así,
*e* habría que admitir que es bella. ¿Cómo diríamos que no es bello lo que es bello?

Hip. -De ningún modo, Sócrates.

Sóc. - « ¿También, dirá él, una olla bella es algo bello?» Contesta.

Hip. - Así es, Sócrates, creo yo. También es bella esta vasija si está bien hecha, pero, en suma, esto no merece ser juzgado como algo bello en comparación a una yegua, a una doncella y a todas las demás cosas bellas.

*289a* Sóc. - Está bien. Ya comprendo, Hipias, que entonnosotros debemos responder lo siguiente al que nos hace tal pregunta. «Amigo, tú ignoras que es verdad lo que dice Heraclito, que, sin duda, el más bello de los monos es feo en comparación con la especie humana y que la olla más bella es fea en comparación con las doncellas, según dice Hipias, el sabio». ¿No es así, Hipias?

Hip. - Exactamente, Sócrates; has respondido correctamente.

*b* Sóc. -Escucha. Yo sé que tras esto él dirá: «Pero ¿qué dices, Sócrates? Si alguien compara a las doncellas con las diosas, ¿no experimentará lo mismo que al comparar las ollas con las doncellas? ¿No es cierto que la doncella más bella parecerá fea? ¿Acaso no dice también Heraclito, a quien tú citas, que el hombre más sabio comparado con los dioses parece un mono en sabiduría, en belleza y en todas las demás cosas?» ¿Debemos admitir, Hipias, que la doncella más bella es fea en comparación con las diosas?

Hip. - ¿Quién podría oponerse a eso, Sócrates?

*c* Sóc. - Pues bien, si admitimos esto, se reirá y dirá: «¿Tienes presente, Sócrates, lo que se te preguntó?» Yo le diré que se me preguntaba qué era realmente lo bello en sí mismo. A continuación él dirá: «¿Se te pregunta por lo bello y tú respondes con lo que precisamente no es más bello que feo, según tú mismo dices?». «Así parece», diré yo. ¿Es que tú me aconsejas decir algo, amigo?

Hip. -Digo eso mismo; y, ciertamente, él dirá verdad al decir que con relación a los dioses la raza humana no es bella.

Sóc. - « Si te hubiera preguntado desde el principio, dirá él, qué cosa *d* es bella y a la vez fea y tú me hubieras respondido lo que ahora, habrías contestado correctamente. ¿Crees tú aún que lo bello en sí, eso con lo que todas las demás cosas se adornan y aparecen bellas cuando se les une esta especie, es una doncella, una yegua o una lira?»

Hip. - Ciertamente; Sócrates, no hay cosa más sen cilla que darle una respuesta, si él busca qué cosa es lo bello con lo que se adornan todas *e* las demás cosas y aparecen bellas al añadírselas esto. En efecto, este hombre es muy simple y no entiende nada de objetos bellos. Si le respondes que lo bello por lo que él pregunta no es otra cosa que el oro, se quedará confuso y no intentará refutarte. Pues todos sabemos que a lo que esto se añade, aunque antes pareciera feo, al adornarse con oro, aparece bello.

Sóc. - No conoces al hombre, Hipias, no sabes cuán sorprendente es y cómo no acepta fácilmente nada.

Hip. - ¿Qué tiene que ver eso, Sócrates? Lo que está perfectamente *290a* dicho tiene que aceptarlo, y si no lo acepta, quedará en ridículo.

Sóc. - Excelente Hipias, ciertamente no sólo no aceptará esta respuesta, sino que se burlará mucho de mí y me dirá: «Tú, gran ciego, ¿crees que Fidias es un mal artista?». Yo le diré que de ningún modo lo creo.

Hip. - Y dirás bien, Sócrates.

Sóc. - Sin duda. Pero, cuando yo reconozca que Fidias es buen artista, a continuación él me dirá: «¿Desconocía Fidias esta especie de *b* lo bello de que tú hablas?» «¿En qué te fundas?», le diré yo. Me contestará: «En que no hizo de oro los ojos de Atenea ni el resto del rostro, ni tampoco los pies ni las manos, si realmente tenían que parecer muy bellos al ser de oro, sino que los hizo de marfil; es evidente que cometió este error por ignorancia, al desconocer, en efecto, que es el oro lo que hace bellas todas las cosas a las que se añade». Si me contesta esto, ¿qué le debemos responder, Hipias?

Hip. - No es difícil: le diremos que obro rectamente. En efecto, *c* también el marfil es bello, creo yo.

Sóc. - Él va a decir. « ¿Por qué no hizo de marfil el espacio entre los dos ojos sino de mármol, tras haber buscado una clase de mármol lo más parecida al marfil? ¿Acaso también el mármol bello es también una cosa bella?» ¿Diremos que sí, Hipias?

Hip. - Lo diremos, al menos cuando su uso es adecuado.

Sóc. -¿Cuando no es adecuado es feo? ¿Debo admitirlo, o no?

Hip. - Acepta que es feo cuando no es adecuado.

*d* Sóc. - « ¿No es cierto, dirá él, que el marfil y el oro, sabio Sócrates, cuando son adecuados hacen que las cosas aparezcan bellas y cuando no son adecuados, feas?» ¿Negamos, o admitimos que él dice la verdad?

Hip. - Vamos a admitir que lo que es adecuado a cada cosa, eso la hace bella.

Sóc. - « ¿Qué es lo adecuado, dirá él, cuando se hace hervir, llena de hermosas legumbres, la bella olla de la que acabamos de hablar: una cuchara de oro o de madera de higuera?»

Hip. - ¡Por Heracles!, ¿qué hombre es ese, Sócrates? ¿No quieres *e* decirme quién es?

Sóc. - No lo conocerías si te dijera el nombre.

Hip. - Pues, incluso ahora, ya sé que es un hombre falto de instrucción.

Sóc. - Es muy molesto, Hipias. Sin embargo, ¿qué le vamos a decir? ¿Cuál de las dos cucharas es adecuada a la legumbre y a la olla? ¿No es evidente que la de madera de higuera? Da más aroma a la legumbre y, además, amigo, no nos podría romper la olla ni derramaría la verdura ni apagaría el fuego dejando sin un plato muy agradable a los que iban a comer. En cambio, la de oro podría hacer todas estas cosas, de manera que, según parece, podemos decir que la de madera de higuera es más *291a* adecuada que la de oro, a no ser que tú digas otra cosa.

Hip. - En efecto, es más adecuada, Sócrates; no obstante, yo no dialogaría con un hombre que hace ese tipo de preguntas.

Sóc. - Haces bien, amigo. No sería adecuado para ti contaminarte con tales palabras, un hombre como tú tan bien vestido, que usa un calzado tan bello y que tiene buena reputación entre los griegos por su sabiduría. En cambio, para mí no existe dificultad en mezclarme con este *b* hombre. Así pues, instrúyeme previamente y responde en favor mío: «Si la cuchara de madera de higuera es más adecuada que la de oro - dirá nuestro hombre-, ¿no es cierto que será también más bella, puesto que has admitido, Sócrates, que lo adecuado es más bello que lo no adecuado?» ¿Debemos admitir, Hipias, que la cuchara de madera de higuera es más bella que la de oro?

Hip. - ¿Quieres que te diga lo que puedes decir que es lo bello y librarte de tantas palabras?

*c* Sóc. - Sí que quiero. Pero no antes de que me digas, cuál de las dos cucharas de que acabamos de hablar debo decirle a él que es adecuada y más bella.

Hip. -Si quieres, respóndele que la hecha de higuera.

Sóc. - Di, pues, ahora lo que ibas a decir antes. Pues con esta respuesta, si digo que lo bello es el oro, no va a resultar, según me parece, más bello el oro que la madera de higuera. Vamos a lo de ahora. ¿Qué dices, de nuevo, que es lo bello?

*d* Hip. -Voy a decírtelo. Me parece que tú tratas de definir lo bello como algo tal que nunca parezca feo a nadie en ninguna parte.

Sóc. - Exactamente, Hipias. Ahora lo comprendes muy bien.

Hip. -Escucha. Con respecto a lo que voy a decir, sábelo bien, si alguien tiene algo que objetar, di que yo no entiendo nada.

Sóc. - Habla en seguida, por los dioses.

Hip. - Digo, en efecto, que, para todo hombre y en todas partes, lo más bello es ser rico, tener buena salud, ser honrado por todos los *e* griegos, llegar a la vejez, dar buena sepultura a sus padres fallecidos y ser enterrado bella y magníficamente por los propios hijos.

Sóc. - ¡Ay! ¡Ay, Hípias! Ciertamente, has hablado de un modo maravilloso, grandioso y digno de ti. Por Hera, yo te admiro y creo que, en la medida en que te es posible, me ayudas amistosamente; pero no damos en el blanco con nuestro hombre, sino que ahora se reirá más de nosotros; sábelo bien.

Hip. - Peligrosa risa, Sócrates, pues, si no tiene nada que decir a esto *292a* y se ríe, se ridiculizará a sí mismo y será objeto de risa por parte de los presentes.

Séc. -Tal vez sea así, pero quizá, según yo presumo, por esta respuesta es. probable que no solamente se ría de mí.

Hip. - ¿Qué entonces?

Sóc. -Que si casualmente tiene un bastón y no me aparto, huyendo de él, intentará seguramente alcanzarme.

Hip. - ¿Qué dices? ¿Es de algún modo ese hombre tu dueño y, al
*b* hacerlo, no será detenido y condenado? ¿Vuestra ciudad no está sujeta a leyes y permite que los ciudadanos puedan golpearse unos a otros injustamente?

Sóc. - En modo alguno lo permite nuestra ciudad.

Hip. -Luego será condenado, si te golpea injustamente.

Sóc. -No me parece que injustamente, Hipias. No lo pienso así, sino justamente, si le doy esa contestación.

Hip. - Pues bien, también me lo parece a mí, puesto que tú mismo lo crees.

Sóc. - ¿Puedo decirte por qué creo que me golpearla con justicia, si le contestara eso? ¿Acaso también tú me vas a golpear sin juzgarme? ¿O vas a escuchar mis palabras?

*c* Hip. -Sería indigno, Sócrates, que no te escuchara. ¿Qué vas a decir?

Sóc. -Voy a hablar del mismo modo que antes, intentando imitarle, para no dirigirte palabras duras e insólitas como las que él me dirigirá a mí. Ten por seguro que me dirá: «Dime, Sócrates, ¿crees que recibirás golpes injustamente, tú que has cantado tal ditirambo de modo tan desafinado y te has apartado tanto de la pregunta?» «¿Cómo es eso?», le diré yo. «¿Qué cómo?, me dirá. ¿Es que no eres capaz de acordarte de que yo te preguntaba qué es lo bello en sí mismo, aquello que
*d* añadido a cualquier cosa hace que ésta sea bella: piedra, madera, hombre, dios, una acción o un conocimiento cualquiera? Yo, amigo, pregunto qué es la belleza en sí, y no puedo con mis gritos llegar a ti más que si tuviera a mi lado una piedra, una rueda de molino sin oídos ni cerebro. ¿Acaso no te enfadarías, Hipias, si, llevado por el temor, respondiera yo a estas palabras: «Es Hipias el que dice que esto es lo
*e* bello, aunque yo le había preguntado, como tú a mí, qué es bello para todos y siempre.» ¿Qué dices? ¿No te vas a enfadar, si digo esto?

Hip. - Yo sé con certeza, Sócrates, que lo que yo he dicho es bello y se presentará como bello para todos.

Sóc. - « ¿Lo será en lo futuro?, dirá él. Pues lo bello es bello siempre.»

Hip. -Sin duda.

Sóc. - « ¿Luego lo era también en el pasado?», dirá el hombre.

Hip. - También lo era.

Sóc. - « ¿No es verdad que el forastero de Élide decía, dirá él, que era bello para Aquiles ser enterrado después de sus padres y también, para
*293a* Éaco, su abuelo, y para los otros nacidos de dioses y para los mismos dioses?»

Hip. - ¿Qué dices? Vete al diablo. Estas preguntas del hombre ni siquiera son reverentes.

Sóc. - ¿Qué podemos hacer? Afirmar que esto es así, cuando otro lo pregunta, ¿no es muy irreverente?

Hip. - Quizá.

Sóc. - Quizá también tú eres el que dice que, siempre y para todos, es bello ser enterrado por sus hijos y enterrar a los padres. ¿Acaso no era también uno de ellos Heracles y todos lo que ahora hemos nombrado?

Hip. - Pero yo no hablaba de los dioses.

*b* Sóc. -Ni de los héroes, según parece.

Hip. - Ni de cuantos eran hijos de dioses.

Sóc. -Pero, ¿de los que no lo eran?

Hip. - Sin duda.

Sóc. - Y bien, con arreglo a tus palabras era indigno, impío y vergonzoso, según parece, para Tántalo, Dárdano y Zeto; en cambio, era bello para Pélope y los otros así nacidos.

Hip. - Eso pienso.

Sóc. - «Así pues, piensas ahora, me dirá él, lo que antes negabas, es decir, que ser enterrado por los hijos tras haber enterrado a los padres
*c* es, para algunos y en algunas ocasiones, feo. Más aún, que, según parece, no es posible que eso llegue a ser y realmente sea algo bello para todos. De manera que este argumento ha sufrido el mismo inconveniente que los tratados antes, los de la doncella y la olla, y, de manera aún más ridícula que aquéllos, es bello para unos y no lo es para otros. Por ahora, me dirá él, aún no eres capaz, Sócrates, de dar una respuesta a la pregunta de qué es lo bello». Estos reproches y otros por el estilo me hará con justicia, si le contesto como tú dices. En
*d* efecto, Hipias, casi siempre dialoga conmigo así poro más o menos; otras veces se compadece de mi inexperiencia e ignorancia y él mismo adelanta algo determinado y me pregunta si me parece que eso es lo bello, y lo mismo acerca de cualquier cosa que eventualmente pregunte y se refiera al objeto de nuestra conversación.

Hip. - ¿En qué sentido dices eso, Sócrates?

Sóc. -Voy a explicártelo. «¡Oh incomprensible Sócrates!, me dice él, deja de darme tales contestaciones; son, en efecto, demasiado simples y refuta bles. En cambio, examina si te parece que es bello lo que ahora
*e* objetábamos en la respuesta, cuando decíamos que el oro es bello para las cosas que es adecuado y no lo es para las que no es adecuado, y así todas las otras cosas a las que esto se añade. Examina lo adecuado en sí y la naturaleza de lo adecuado en sí, por si lo bello es precisamente esto». Yo. tengo la costumbre de aceptarle en cada ocasión estas propuestas. No sé qué decirle. Así pues, ¿te parece que lo adecuado es bello?

Hip. -Totalmente, Sócrates.

Sóc. - Examinémoslo, no sea que nos equivoquemos.

Hip. -Debemos examinarlo.

Sóc. -Velo, pues. ¿Decimos que lo adecuado es lo que, al ser
*294a* añadido, hace que cada una de las cosas en las que está presente parezca bella, o hace que sea bella, o ninguna de estas dos cosas?

Hip. - A mí me parece que lo que hace, que parezcan bellas. Por ejemplo, si un hombre se pone el manto o el calzado que le convienen, aunque él sea ridículo, da mejor apariencia.

Sóc. - Por tanto, si lo adecuado hace que se parezca más bello que lo que se es, sería un engaño en relación con lo bello y no sería esto lo que
*b* nosotros buscamos, Hipias. Pues nosotros buscamos aquello con lo que todas las cosas bellas son bellas, de la misma manera que todas las cosas grandes son grandes por el hecho de sobrepasar; pues, todas las cosas son grandes por esto, y aunque no lo parezcan, si exceden de la medida, son necesariamente grandes. Siguiendo este razonamiento, ¿qué sería lo bello, con lo que todas las cosas son bellas, lo parezcan o no? No podría ser lo adecuado, pues las hace parecer más bellas de lo
*c* que son, según tus palabras, y no permite que aparezcan según son. Hay que intentar decir qué es lo que hace que sean bellas, como acabo de decir, lo parezcan o no. En efecto, es esto lo que buscamos, si buscamos lo bello.

Hip. -Pero lo adecuado, Sócrates, si está presente, hace que las cosas parezcan y sean bellas.

Sóc. - ¿No es imposible que lo que en realidad es bello parezca no serlo, si está presente lo que le hace parecerlo?

Hip. -Sí, es imposible.

Sóc. - ¿Debemos convenir, Hipias, que a todas las cosas realmente bellas, incluso instituciones y costumbres, todos los hombres las tienen
*d* siempre como bellas y les parecen bellas, o bien, todo lo contrario, que no hay conocimiento sobre ello y que, privadamente, entre las personas y, públicamente, entre las ciudades hay más porfía y lucha sobre esto que sobre otra cosa?

Hip. -Más bien así, Sócrates, que no hay conocimiento.

Sóc. - No sería así, si es que de algún modo se les añadiera la apariencia. Se les añadiría, si lo adecuado fuera bello y no sólo hiciera que las cosas sean bellas, sino también que lo parezcan. De manera que
*e* si es lo adecuado lo que hace que las cosas sean bellas, eso sería lo bello que nosotros buscamos, no ciertamente lo que las hace parecer bellas. Si, por otra parte, lo adecuado es lo que las hace parecer bellas, no seria eso lo bello que nosotros buscamos. En efecto, lo que buscamos hace que las cosas sean bellas, pero una misma causa no podría hacer que las cosas parezcan y sean bellas o de otra cualidad. Decidamos ya si nos parece que lo adecuado es lo que hace que las cosas parezcan bellas o lo que hace que lo sean.

Hip. - Que lo parezcan, pienso yo, Sócrates.

Sóc. - ¡Ay! Se aleja de nosotros y nos huye, Hi pias, el conocimiento de qué es lo bello, puesto que lo adecuado se ha mostrado como algo diferente de lo bello.

Hip. - Sí, por Zeus, Sócrates, y me causa extrañeza.

*295a* Sóc. - Sin embargo, amigo, no abandonemos todavía esto, pues aún tengo cierta esperanza de que se aclare qué es lo bello.

Hip. - Estoy seguro, Sócrates; ni siquiera es difícil conseguirlo. En efecto, estoy convencido de que, si me quedara a solas un poco de tiempo y lo reflexionara, te lo diría con la máxima exactitud.

Sóc. - ¡Ay, no seas presuntoso, Hipias! Ves cuántas dificultades nos ha causado ya esta búsqueda; es de temer que se nos crispe la cuestión
*b* y se nos escape aún más. Pero no he dicho nada; pues tú, creo yo, lo conseguirás fácilmente cuando estés solo. Pero, por los dioses, descúbrelo junto a mí y, si quieres, haz la investigación conmigo como ahora. Si lo descubrimos, será excelente; si no, yo me consolaré con mi suerte y tú, en cuanto me hayas dejado, lo hallarás con facilidad. Si lo descubrimos ahora, sin duda que no te voy a ser molesto preguntándote qué era lo que tú hallaste a solas. Mira ahora de nuevo si te parece a ti
*c* que lo que voy a decir es lo bello -pero examínalo prestándome mucha atención, no sea que yo diga tonterías: tomemos como bello lo que es útil. He hablado haciendo la reflexión de este modo: son bellos los ojos, no los de condición tal que no pueden ver, sino los que sí pueden y son útiles para ver. ¿Es así?

Hip. - Sí.

Sóc. - Luego también, siguiendo de este modo, decimos que todo el cuerpo es bello bien para la carrera, bien para la lucha, y lo mismo,
*d* todos los animales, un caballo, un gallo, una codorniz; los enseres y todos los vehículos, de tierra; en el mar, los barcos y las trirremes, y todos los instrumentos, los de música. y los de las otras artes, y, si quieres, las costumbres y las leyes; en suma, llamamos bellas a todas estas cosas por la misma razón, porque consideramos en cada una de ellas para qué han nacido, para qué han sido hechas, para qué están determinadas, y afirmamos que lo útil es bello teniendo en cuenta en

*e* qué es útil, con respecto a qué es útil y cuándo es útil; lo inútil para todo esto lo llamamos feo ¿Acaso no piensas tú también así, Hipias?

Hip. - Sí lo pienso.

Sóc. -¿Luego afirmamos rectamente ahora que lo útil es precisamente bello, más que cualquier otra cosa?

Hip. - Lo afirmamos rectamente, Sócrates.

Sóc. - ¿Lo que es capaz de realizar una cosa es útil para lo que es capaz, y lo que no es capaz es inútil?

Hip. -Sin duda.

Sóc. - ¿Luego el poder es algo bello y la falta de poder, algo feo?

Hip. - Totalmente, Sócrates. Otras cosas te darán testimonio de que esto es así, sobre todo la política; entre los políticos y en sus propias
*296a* ciudades ejercer el poder es lo más bello; no tener ningún poder es lo más feo.

Sóc. -Muy bien. Por los dioses, Hipias, ¿acaso por esto la sabiduría es lo más bello y la ignorancia lo más feo?

Hip. - ¿Qué estás pensando, Sócrates?

Sóc. - Conserva la calma, amigo. Me da miedo pensar qué es lo que realmente estamos diciendo.

*b* Hip. - ¿Qué temes de nuevo, Sócrates? Ahora tu razonamiento se ha producido perfectamente.

Sóc. -Así quisiera yo, pero examina esto conmigo. ¿Acaso haría alguien algo que no conoce ni puede hacer en absoluto?

Hip. -De ningún modo. ¿Cómo va alguien a hacer lo que no puede hacer?

Sóc. -Los que cometen errores y hacen mal y lo hacen contra su voluntad, ¿no es cierto que no harían nunca esto si no pudieran hacerlo?

Hip. -Es evidente.

*c* Sóc. -Luego los que pueden son potentes por el poder, no por la falta de poder.

Hip. -No lo son, ciertamente, por la falta de poder.

Sóc. - ¿Todos los que son potentes pueden hacer lo que hacen?

Hip. -- Sí.

Sóc. -Todos los hombres hacen más males que bienes, empezando desde niños y cometen errores involuntariamente.

Hip. - Así es.

Sóc. - ¿Qué podemos decir? Este poder y estas cosas útiles para hacer el mal, ¿acaso vamos a decir que son cosas bellas o bien estamos lejos de ello?

*d* Hip. -Lejos, Sócrates, pienso yo.

Sóc. -Luego, según parece, Hipias, lo potente y lo útil no es, para nosotros, lo bello.

Hip. - Lo es al menos, Sócrates, cuando puede hacer bien y es útil para esto.

Sóc. - Se nos va, por tanto, la idea de que lo potente y lo útil sean simplemente lo bello. Pero, ¿es acaso esto lo que nuestra mente quería decir, a saber, que lo útil y lo potente para hacer el bien es lo bello?

*e* Hip. - Así me lo parece.

Sóc. - Pero esto es lo provechoso. ¿No es verdad? Hip. -Sin duda.

Sóc. - Así, también, los cuerpos bellos y la sabiduría bella y todas las cosas que ahora decíamos son bellas porque son provechosas.

Hip. - Es evidente.

Sóc. - Luego nosotros pensamos, Hipias, que lo provechoso es lo bello.

Hip. - Completamente, Sócrates.

Sóc. -Y, ciertamente, lo provechoso es lo que hace el bien.

Hip. -Lo es.

Sóc. -Lo que hace algo no es otra cosa que la causa de lo que hace. ¿Es así?

Hir. - Así es.

*297a* Sóc. - Luego lo bello es causa del bien.

Hip. -Lo es.

Sóc. - Pero la causa, Hipias, y aquello de lo que la causa pueda ser causa son dos cosas distintas. En efecto, la causa no podría ser causa de la causa. Examínalo así. ¿No nos ha resultado que la causa es agente?

Hip. - Ciertamente.

Sóc. - ¿Luego el agente no produce otra cosa que el resultado, pero no produce el agente?

Hip. -Así es.

Sóc. - ¿Luego una cosa es el resultado y otra, el agente?

Hip. - Sí.

*b* Sóc. - Por tanto, la causa no es causa de la causa, sino de lo producido por ella.

Hip. - Ciertamente.

Sóc. - Por consiguiente, si lo bello es causa del bien, el bien sería producido por lo bello. Por esto, según parece, deseamos la inteligencia y todas las otras cosas bellas, porque la obra de ellas y lo que de ellas nace, el bien, es deseable; es probable que, de lo que deducimos, lo bello sea en cierto modo padre del bien.

Hip. -Perfectamente, dices la verdad, Sócrates.

Sóc. - ¿Y también es verdad que el padre no es hijo ni el hijo, padre?

*c* Hip. - Verdad, sin duda.

Sóc. -Tampoco la causa es el efecto, ni el efecto es la causa.

Hip. - Dices la verdad.

Sóc. - Por Zeus, amigo, tampoco entonces lo bello es bueno ni lo bueno es bello. ¿O crees tú que esto es posible partiendo de lo que hemos dicho?

Hip. - No, por Zeus, no me lo parece.

Sóc. - ¿Nos parece bien y estaríamos dispuestos a decir que lo bello no es bueno ni lo bueno, bello?

Hip. - No, por Zeus, no me parece bien de ningún modo.

*d* Sóc. - Por Zeus, Hipias, a mí es lo que peor me ' parece de todo lo que hemos dicho.

Hip. - Así pienso yo.

Sóc. -Así pues, es probable que, contra lo que hace un momento nos parecía ser el mejor de los razonamientos, a saber, que lo útil, lo provechoso y lo capaz de hacer algún bien es lo bello, no sea así, sino que, si ello es posible, sea aún más ridícula esta proposición que las de antes en las que creíamos que la doncella era lo bello y, así, cada una de las cosas entonces dichas.

Hip. - Puede ser.

Sóc. -Yo, Hipias, no sé adónde dirigir mi mente, estoy confuso. ¿Puedes tú decir algo?

Hip. - No por el momento, pero, como decía. antes, si lo reflexiono, estoy seguro de que lo hallaré.

Sóc. -Me parece que yo, por el deseo de conocerlo, no soy capaz de esperar a que reflexiones. Incluso creo que acabo de encontrar una salida. Mira a ver. Si decimos que es bello lo que nos produce satisfacción, no todos los placeres, sino los producidos por el oído y la vista, ¿cómo saldríamos adelante? Los seres humanos bellos, Hipias, los colores bellos y las pinturas y las esculturas que son bellas nos deleitan al verlos. Los sonidos bellos y toda la música y los discursos y

298a las leyendas nos hacen el mismo efecto, de modo que si respondemos a nuestro atrevido hombre: «Lo bello, amigo, es lo que produce placer por medio del oído o de la vista», ¿no le contendríamos en su atrevimiento?

b Hip.- Me parece, Sócrates, que ahora has dicho bien qué es lo bello.

Sóc. -Pero, ¿qué decir? ¿Acaso las costumbres bellas y las leyes, Hipias, diremos que son bellas porque producen placer por medio del oído o de la vista, o bien son de otra índole?

Hip. - Quizá, Sócrates, esto le pase inadvertido a nuestro hombre.

Sóc. - Por el perro, Hipias, no le pasará a aquel ante el que yo sentiría la mayor vergüenza, si digo necedades y simulo decir algo sin decir nada.

Hip. - ¿Quién es éste?

Sóc. - Sócrates, hijo de Sofronisco, el cual no me permitiría decir esto a la ligera sin haberlo investigado, así como tampoco dar por
c sabido lo que no sé.

Hip. - Puesto que tú lo dices, a mí también me parece que es algo distinto lo de las leyes.

Sóc. - Ten tranquilidad, Hipias; es probable que hayamos caído en la misma dificultad acerca de lo bello en la que caímos hace un momento, la de creer de nuevo que estábamos en el buen camino.

Hip. - ¿Qué quieres decir, Sócrates?

Sóc. - Voy a decirte lo que me parece, por si tiene algún valor. Lo
d que hemos dicho respecto de las leyes y de las costumbres quizá parezca no estar fuera de la sensación que nosotros percibimos por el oído o por la vista. Pero sostengamos este criterio, el de que es bello lo que produce placer por medio de estos sentidos y dejemos aparte lo referente a las leyes. Entonces si este hombre que yo digo u otro cualquiera nos preguntara: «¿Por qué, Hipias y Sócrates, separáis del placer ese placer que vosotros decís que es bello y negáis que sea bello
e el placer producido por otras sensaciones, las de la comida y la bebida, las del amor y todas las demás? ¿Es que afirmáis que no son agradables y que no hay placer, en modo alguno, en este tipo de sensaciones ni en otra cosa que en ver y oír?» ¿Qué diremos, Hipias?

Hip. - Afirmaremos sin ninguna duda, Sócrates, que también en las otras sensaciones hay muy grandes placeres.

Sóc. - « ¿Por qué, entonces, dirá él, las priváis de este nombre y las
299a despojáis de la condición de bellas a siendo placeres lo mismo que aquéllas?» «Porque, diremos nosotros, nadie dejaría de reírse de nosotros si afirmáramos que comer no es agradable, pero sí bello, y que oler placenteramente no es placentero sino bello. En lo referente al amor, todos nos objetarían que es muy placentero, pero que es preciso que, cuando se hace, sea de manera que nadie lo vea porque es muy feo para ser visto». Ante estas palabras nuestras, Hipias, quizá nos dijera él: «Me doy cuenta de que desde hace tiempo os resistís por vergüenza a afirmar que estos placeres son bellos, porque no lo piensan así los
b hombres. Pero yo no preguntaba qué le parece bello a la mayoría, sino qué es lo bello». Diremos, sin duda, creo yo, lo que habíamos propuesto, a saber, que lo bello es esa parte del placer que se produce por la vista o por el oído. ¿Te sirve el razonamiento, Hipias, o decimos otra cosa?

Hip. - Es necesario sujetarnos a lo dicho, Sócrates, y no decir otra cosa que eso.

c Sóc. - «Muy bien, dirá él. ¿No es cierto que si lo placentero por medio de la vista y del oído es bello, el placer que no sea precisamente esto, evidentemente no sería bello?» ¿Lo aceptaremos?

Hip. - Sí.

Sóc- - « ¿Quizá, dirá, él, el placer producido por medio de la vista es placer por la vista y también por el oído y el placer producido por medio del oído es placer por el oído y también por la vista?» «De ningún modo, diremos nosotros, eso sería decir que lo producido por medio de uno de los dos lo sería por ambos, y nos parece que tú dices eso; sin embargo, nosotros decimos que cada uno de estos dos placeres es bello por sí mismo y que ambos son bellos» ¿No responderíamos
*d* así?

Hip. - Ciertamente.

Sóc. - « ¿Acaso, dirá él, un placer se distingue de otro placer por el hecho de ser placer? Pues no se trata de si un placer es mayor o menor o más o menos placer, sino de si algún placer difiere de los placeres en que uno es placer y otro no». Nos parece que no, ¿no es así?

Hip. - En efecto, no.

Sóc. - « ¿Entonces, dirá él, habéis tomado éstos entre los otros placeres por algo distinto que porque son placeres, observando que
*e* ambos tienen algo distinto de los demás y, atendiendo a ello, afirmáis que son bellos? Pues, sin duda, el placer producido por la vista no es placer bello por el hecho de que se produce por la vista. En efecto, si esa fuera la causa de ser bello, jamás sería bello el otro placer, el producido por el oído, pues no es placer producido por la vista». Es verdad, diremos nosotros.

Hip. - Lo diremos, en efecto.

*300a* Sóc. - «Tampoco, a su vez, el placer producido por medio del oído es precisamente bello porque se produce por medio del oído, pues entonces jamás sería bello el placer producido por la vista, pues no es placer producido por el oído.» ¿Diremos, Hipias, que nuestro hombre dice la verdad al decir esto?

Hip. - La verdad.

Sóc. - «Sin embargo, uno y otro son bellos, según decís.» ¿Lo decimos, en efecto?

Hip. - Sí.

Sóc. - «Tienen, pues, algo idéntico que los hace ser bellos, algo común que se encuentra en uno y otro conjuntamente y en cada. uno de
*b* los dos separadamente; - de otro modo no serían bellos los dos y cada uno de ellos.» Contésteme como si yo fuera él.

Hip. - Respondo que me parece que es así como tú dices.

Sóc. -Si una condición afectara a estos dos placeres, pero no a cada uno de ellos, ¿no serían bellos por esto?

Hlp. -¿Cómo podría ser, Sócrates, que no siendo afectados ni uno ni otro por alguna condición, esta condición, que ninguno de los dos ha experimentado, afecte a ambos?

*c* Sóc. - ¿No te parece posible?

Hip. - Tendría yo gran inexperiencia de la naturaleza de estas cosas y del lenguaje de los razonamientos en que estamos.

Sóc. -Muy bien, Hipias. Sin embargo, yo tengo la idea de que me parece ver algo así como lo que tú dices que es imposible, pero no llego a verlo.

Hip. -No tienes la idea, Sócrates, sino que ciertamente se te va la vista.

Sóc. -No obstante, se aparecen ante mi mente muchas imágenes de este tipo, pero desconfío de ellas porque no se te muestran a ti, el
*d* hombre de nuestro tiempo que más dinero ha ganado por su sabiduría; en cambio, se me muestran, a mí que jamás he ganado nada. Me temo,

amigo, que bromeas conmigo y que me engañas intencionadamente; con tanta firmeza y frecuencia se me aparecen esas ideas.

Hip. - Si bromeo o no, nadie lo sabrá mejor que tú, caso de que procures decirme esas ideas que se te aparecen. Resultará evidente que dices algo sin valor. Jamás encontrarás algo que no nos afecte ni a ti ni a mí y que nos afecte a los dos juntos.

*e* Sóc. - ¿Qué dices, Hipias? Quizá tienes razón y yo no comprendo. Escucha muy claramente lo que quiero decir. Me parece que lo que yo no he experimentado que existe en mí y lo que yo no soy, ni tampoco tú, es posible que eso lo experimentemos los dos; por otra parte, otras cosas que experimentamos los dos no las experimentamos cada uno de nosotros.

Hip. -Parece que dices cosas prodigiosas. Sócrates, más aún que las que decías hace un rato. Reflexiona. Si los dos somos justos, ¿no lo seríamos cada uno de nosotros? Si injusto cada uno, ¿no lo seríamos ambos? Si somos de buena salud, ¿no lo sería cada uno? Si cada uno de
*301a* nosotros estuviera enfermo, herido, golpeado o afectado por cualquier cosa, ¿no experimentaríamos también los dos eso mismo? Aún más, si los dos fuéramos de oro, de plata o de marfil y, si lo prefieres, si fuéramos nobles o sabios o con derecho a honores o viejos o jóvenes o, de otra condición humana cualquiera, ¿acaso no es de una gran necesidad el que seamos eso cada uno de nosotros?

Sóc. --Sin ninguna duda.

Hip. -En efecto, Sócrates, tú no examinas el conjunto de las cosas, ni tampoco, ésos con los que tú acostumbras a dialogar; aisláis lo bello o cualquier otra cosa y os echáis sobre ello haciendo en las conversaciones una obra despedazadora. Por esto, se os escapan inadvertidamente tan grandes y perennes objetos de la realidad. Ahora se te ha pasado por alto algo tan importante como creer que existe
*c* algún accidente o entidad que pertenezca a dos seres, pero no a cada uno de ellos, o, a la inversa, que pertenezca a cada uno, pero no a los dos. Tan irracional, irreflexiva, simple e ininteligible es vuestra situación.

Sóc. - Así estamos nosotros, Hipias; con frecuencia, los hombres dicen el proverbio: «No lo que se quiere sino lo que se puede.» Pero tú nos ayudas amonestándonos constantemente. ¿Puedo todavía mostrarte ahora aún más lo que pensábamos antes de que tú nos recriminaras la
*d* situación tan tonta en que nos hallamos, o bien no debo decirlo?

Hip. -Vas a hablar a quien ya sabe lo que vas a decir, Sócrates; pues yo conozco a todos los que practican estas conversaciones y sé cómo son. Sin embargo, si te es más agradable, habla.

Sóc. - Ciertamente, me es más agradable. En efecto, nosotros, amigo, éramos tan necios, antes de haber hablado tú, que teníamos la creencia respecto a ti y a mí de que cada uno de nosotros era uno y que esto que éramos cada uno de nosotros no lo éramos consiguientemente los dos, pues no somos uno, sino dos. Tan neciamente pensábamos. Pero ahora
*e* hemos aprendido de ti que, si los dos somos dos, es necesario que cada uno de nosotros sea dos y que, si cada uno es uno, es necesario también que los dos seamos uno. No es posible que acontezca de otro modo a la continua razón de lo real, según Hípias, sino que lo que sean los dos lo es cada uno y lo que sea cada uno lo sean los dos. Convencido ahora por ti, me quedo ya quieto aquí. Sin embargo, Hipias, hazme recordar antes: ¿somos nosotros uno, tú y yo, o tú eres dos y yo, también dos?

Hip. - ¿Qué intentas decir, Sócrates?

*302a* Sóc. - Lo que estoy diciendo. Me temo que tú expresas claramente tu irritación contra mí cuando crees que dices algo con razón. Sin

embargo, sigue aún: ¿no es uno cada uno de nosotros y está afectado de esta condición, la de ser uno?

*b* Hip. - Sin duda.

Sóc. - Luego si es uno, es también impar cada uno de nosotros. ¿No consideras que el uno es impar?

Hip. - Ciertamente.

Sóc. - ¿Y los dos somos impar, siendo dos?

Hip. - Eso no puede ser, Sócrates.

Sóc. - Luego somos par los dos. ¿Es así? Hip. - Exactamente.

Sóc. -¿Acaso por el hecho de que los dos somos par es también par cada uno de nosotros.

Hip. -No, sin duda.

Sóc. -Luego no es de absoluta necesidad, como antes decías, que lo que sean los dos lo sea cada uno y que lo que sea cada uno lo sean los dos.

Hip. - No en esta clase de cosas, sino en las que, yo decía antes.

Sóc. - Es suficiente, Hipias. Hay que contentarse con eso, puesto que unas cosas parecen así y otras no lo son. Yo decía, si te acuerdas de dónde partió este razonamiento, que el placer por medio de la vista y del oído no era bello por el hecho de que fuera afectado cada uno de
*c* ellos, pero no los dos, ni por la cualidad que tuviesen los dos, pero no la que tuviese cada uno, sino por la que afectara a los dos y a cada uno, porque tú estabas de acuerdo en que eran bellos los dos y cada uno de ellos. A causa de esto, yo creía que era necesario que ellos fueran bellos por la esencia que acompaña a los dos, si los dos son bellos, y no por lo que le falta a uno de ellos. También ahora pienso así. Pero dime, como si empezáramos ahora, si los placeres producidos por medio de la vista y del oído son bellos los dos en conjunto y cada uno de ellos, ¿acaso lo
*d* que hace que sean bellos no acompaña a los dos conjuntamente y a cada uno de ellos?

Hip. -Sin duda.

Sóc. - ¿Acaso porque cada uno de ellos es placer y los dos también lo son por esta razón son bellos? ¿O bien por esta razón también los otros placeres serían igualmente bellos? Si te acuerdas, resultó evidente que eran placeres en la misma medida.

Hip. - Sí me acuerdo.

*e* Sóc. - Y de que se dijo que eran bellos porque son producidos por la vista y el oído.

Hip.-También se dijo eso.

Sóc. -Examina si digo la verdad. Decíamos, en efecto, según yo recuerdo, que el placer era bello, pero no todo placer, sino el producido por la vista y el oído.

Hip. - Ciertamente.

Sóc. - ¿No es verdad que esta cualidad acompaña a los dos conjuntamente, pero no a cada uno? En efecto, según decíamos antes, cada uno de ellos no está formado por los dos conjuntamente, sino los dos conjuntamente por ambos, pero no por cada uno de ellos. ¿Es así?

Hip.- Así es.

Sóc. -Luego cada uno de ellos no puede ser bello por lo que no acompaña a cada uno. La cualidad de ser dos no acompaña a cada uno. De manera que, de acuerdo con nuestra suposición, es posible decir que los dos son bellos, pero no es posible decirlo de cada uno. ¿Qué otra
*303a* cosa vamos a decir? ¿No es necesario que sea así?

Hip. -Así resulta.

Sóc. - ¿Debemos decir, pues, que los dos son bellos y que cada uno de ellos no lo es?

Hip. - ¿Qué lo impide?

Sóc. -Me parece a mí, amigo, que el impedimento es que en todas las cosas que tú has citado nos sucedía que las cualidades que se añadían a las cosas, si se añadían a las dos, se añadían también a cada una, y si a cada una también a las dos. ¿Es así?

Hip. - Sí.

Sóc.- En cambio, en las que yo he nombrado no es así. Tenemos, por una parte, lo que es cada uno en sí mismo y, por otra, lo uno y otro conjuntamente. ¿Es así?

Hip. -Así es.

*b* Sóc. - ¿Cuál de estas dos cosas, Hipias, te parece a ti que es lo bello? ¿Aquella de la que tu hablabas: si yo soy fuerte y tú también, lo somos los dos; si yo soy justo y tu también, lo somos los dos, y si lo somos los dos, lo es cada uno; y del mismo modo, si tú y yo somos bellos, lo somos también los dos, y si lo somos los dos, lo es cada uno? ¿O bien, nada impide que sea de este otro modo: siendo los dos conjuntamente par, cada uno de ellos es quizá impar, quizá par; y también siendo cada uno de los dos indeterminado, el conjunto de los dos es quizá determinado, quizá indeterminado; así otros infinitos ejemplos de este *c* tipo que ya dije que se presentan ante mi mente? ¿En cuál de los dos colocas lo bello? ¿O lo- que para mí es evidente acerca de esto lo es también para ti? A mí me parece muy contrario a la razón que nosotros seamos bellos los dos, pero que no lo seamos cada uno, o que lo seamos cada uno, pero no los dos, así como cualquier otra cosa de este tipo. ¿Tomas este punto de vista o el otro?

Hip. -Éste, sin duda, Sócrates.

*d* Sóc. - Haces bien, Hipias, a fin de evitarnos una investigación más larga. En efecto, si lo bello es de esta clase, el placer producido conjuntamente por la vista y el oído ya no sería bello, pues lo hacen bello las dos percepciones, la de la vista y la del oído, pero no cada una de ellas. Esto es imposible, Hipias, según hemos convenido tú y yo.

Hip. -Lo hemos convenido, en efecto.

Sóc. - Luego es imposible que el placer por la vista y por el oído sea bello, puesto que, si se hace bello, implica un imposible.

Hip. - Así es.

*e* Sóc. - «Repetidlo, dirá nuestro hombre, desde el principio, puesto que perdisteis el camino. ¿Qué decís que es lo bello propio de estos dos placeres, aquello por lo que dándoles preferencia sobre los otros placeres les disteis el nombre de bellos?» Me parece, Hipias, que es necesario decir que porque éstos son los placeres más inofensivos y los mejores, tanto los dos conjuntamente como cada uno de ellos. ¿Tienes tú alguna otra cosa que decir por la que sean superiores a los otros?

Hip. - Nada; realmente son los mejores.

Sóc. - «¿Luego, dirá él, decís que lo bello es un placer provechoso?» «Así parece», diré yo. ¿Y tú?

Hip. -También yo.

Sóc. - « ¿Luego lo que produce el bien es provechoso; pero lo producido y lo que produce han resultado ser algo distinto hace un rato y nuestra conversación ha vuelto adonde estábamos antes? En efecto, ni *304a* lo bueno sería bello, ni lo bello bueno, si cada uno de ellos es distinto del otro». Perfectamente, diremos nosotros, Hipias, si somos sensatos, pues no es licito no estar de acuerdo con el que dice la verdad.

Hip. -Pues, ciertamente, Sócrates, ¿qué crees tú que son todas estas palabras? Son raspaduras y fragmentos de una conversación, como decía hace un rato, partidas en trozos. Pero lo bello y digno de estimación es ser capaz de ofrecer un discurso adecuado y bello ante un

b tribunal, o ante el Consejo o cualquier otra magistratura en la que se produzca el debate, convencer y retirarse llevando no estas nimiedades, sino el mayor premio, la salvación de uno mismo, la de sus propios bienes y la de los amigos. A esto hay que consagrarse, mandando a paseo todas estas insignificancias, a fin de no parecer muy necio, al estar metido, como ahora, en tonterías y vaciedades.

Sóc. -Querido Hipias, tú eres bienaventurado porque sabes en qué un
c hombre debe ocuparse y porque lo practicas adecuadamente, según dices. De mí, según parece, se ha apoderado un extraño destino y voy errando siempre en continua incertidumbre y, cuando yo os muestro mi necesidad a vosotros, los sabios, apenas he terminado de hablar, me insultáis con vuestras palabras. Decís lo que tú dices ahora, que me ocupo en cosas inútiles, mínimas y dignas de nada. Por otra parte, cuando, convencido por vosotros, digo lo mismo que vosotros, que es mucho mejor ser capaz de ofrecer un discurso adecuado y bello y
d conseguir algo ante un tribunal o en cualquier otra asamblea, entonces oigo toda clase de insultos de otras personas de aquí y de este hombre que continuamente me refuta. Es precisamente un familiar muy próximo y vive en mi casa. En efecto, en cuanto entro en casa y me oye decir esto, me pregunta si no me da vergüenza atreverme a hablar de ocupaciones bellas y ser refutado manifiestamente acerca de lo bello, porque ni siquiera sé qué es realmente lo bello. «En verdad, me dice él, ¿cómo vas tú a saber si un discurso está hecho bellamente o no, u otra
e cosa cualquiera, si ignoras lo bello? Y cuando te encuentras en esta ignorancia, ¿crees tú que vale más la vida que la muerte?» Me sucede, como digo, recibir a la vez vuestros insultos y reproches y los de él. Pero quizá es necesario soportar todo esto: no hay nada extraño en que esto pueda serme provechoso. Ciertamente, Hipias, me parece que me ha sido beneficiosa la conversación con uno y otro de vosotros. Creo que entiendo el sentido del proverbio que dice: «Lo bello es difícil.»